



FACHADA DE LA IGLESIA DEL
MONASTERIO DE LORENZANA
(LUGO).

FOT. A. TENREIRO.





CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE
CELANOVA (ORENSE).

FOT. A. BYNE.

La arquitectura barroca en Galicia



Pináculos de San Martín (1740), en Santiago de Compostela.

La segunda mitad del siglo XVII y buena parte del siguiente, fueron en nuestra patria años de una extraordinaria actividad constructiva, como aquellos otros que finalizan el XII y comienzan el XIII, en los que la España cristiana se pobló de iglesias rurales y grandes monasterios.

Aquel período en el que triunfó el arte barroco, llenando unos años de expansión y libertad entre dos épocas de austeridad arquitectónica, coincide con un proceso lento y tenaz de decadencia nacional. Ello comprueba una vez más que los períodos de actividad artística grande—y no se puede negar tal cualidad al barroquismo, cualquiera que sea el juicio que merezca—pueden no coincidir con los de pujanza política y social.

De la fecundidad arquitectónica de ese período se deduce la abundancia de recursos que durante él debió haber en nuestro país. La piedra y el ladrillo que se emplearon en los edificios barrocos subsistentes, representa una suma de esfuerzo y dinero como ningún otro arte ha desplazado en nuestro suelo. Gran parte de los recursos que empleó se debieron, sin duda alguna, á las riquezas enviadas desde América, á la enorme acumulación de bienes de las órdenes religiosas y al predominio alcanzado por la Compañía de Jesús.

Ciudades como Madrid deben su actual fisonomía al período barroco; Sevilla es en gran parte una ciudad barroca; del siglo XVIII es todo el caserío gaditano; palacios, casas consistoriales é iglesias de aquel estilo, dan su especial fisonomía á las villas vascongadas; en Santiago de Compostela y en toda Galicia, el arte barroco levantó edificios enormes, de los más monumentales de España; en Valencia el barroco da carácter á gran parte de la ciudad, y aun en la dorada Salamanca parece que el arte barroco quiere competir con el renacimiento con obras tan hermosas como la Clerecía y la Plaza Mayor. No hay pueblo ni aldea perdida en nuestras sierras que no tenga por lo menos un dorado altar barroco, cuyas columnas, envueltas en racimos y hojas de vid, se retuercen sosteniendo la vertiginosa profusión de entablamentos que horrorizaban por sus licencias á los neoclásicos.

El estado económico del país no respondía á tal riqueza de edificaciones. Desplabábase villas y lagares; iban languideciendo las antiguas industrias en las que fueron maestros los expulsados moriscos; el Estado carecía de recursos con

ARQUITECTURA

que atender á sus servicios y eran frecuentes las angustiosas peticiones de sus servidores de lejanas tierras, á los que se sostenía muchas veces con esperanzas; una nube de arbitristas aguzaban su ingenio en busca de expedientes que proporcio-



Iglesia de los Jesuitas, en La Coruña.

nasen dinero, y el tipo ya clásico del español pobre y altivo, ocultando su penuria con un estoicismo y un ingenio insuperables, pasaba de la vida á la literatura picaresca.

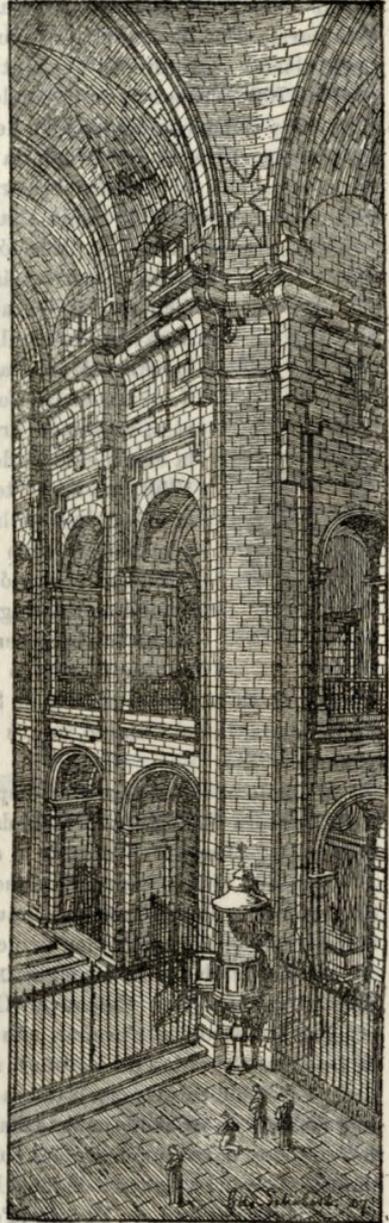
Algo de esto observamos en la arquitectura barroca, ostentosa y petulante

con frecuencia, arquitectura de aparato, esencialmente ciudadana, cuadro apropiado para servir de fondo á la pompa cortesana y poco apto para la recatada intimidad de un templo, de un cenobio ó de una vida privada. Constructivamente era también una arquitectura de más apariencias que realidades; detrás de las fachadas de piedra ó ladrillo revocado, una estructura de ladrillo y bóvedas tabicadas, con grandes adornos de yeso, mostraban un lujo falso y una riqueza figurada. Por ello, mientras una obra románica ó gótica, y aun muchas del renacimiento, constituyen bellísimas ruinas que se van cayendo lentamente, las barrocas carecen de belleza y de honestidad al enseñarnos sus muros desconchados y los trozos de yeso que cuelgan de sus bóvedas.

Cada región — y aun podríamos decir cada ciudad — ha prestado á la arquitectura barroca formas especiales. Sobre la unidad política, obra humana, está la variedad geográfica, condicionando todas nuestras actividades. Por ello es tan diferente el barroquismo andaluz — y, aun dentro de éste, por ejemplo, el granadino, que inicia Alonso Cano muy al principio de la introducción en España de ese estilo, y el sevillano — del gallego; éste, del vasco, siempre dotado de cierta contención; del levantino; del madrileño;...

Uno de los grupos geográficos mejor limitado y más interesante es el gallego. Su material es el duro granito con el que cinco siglos antes se habían construido innumerables monumentos románicos; sus obras, de piedra por completo casi todas, son importantísimas y de una monumentalidad y una belleza muy grandes.

A fines del siglo XVII, Domingo de Andrade construye la torre del Reloj de la catedral compostelana y el coronamiento de la cabecera románica del templo. De su estilo es también la linterna del crucero y otras



Interior de San Francisco, de Santiago de Compostela.

ARQUITECTURA

varias obras; á él también se le atribuye la iglesia de recoletas Agustinas de Villagarcía. Fué Andrade precursor del barroquismo gallego, hombre aun bastante clásico y arquitecto que sintió como pocos la monumentalidad.

En 1702 se construyen la escalera principal de San Martín, de Santiago, y la escalera y la bóveda del archivo de ese monasterio; hacia el mismo año se comienza, para sacristía, la actual capilla del Pilar, en la que se trabajaba aún en 1714 y que es tal vez la primera obra francamente barroca de Galicia, en unión de la fachada del convento de Santa Clara de la misma ciudad.

A Andrade sigue en la dirección de las obras importantes de la catedral, Fernando Casas y Novoa, maestro más profuso y exuberante, al cual se atribuye la fachada del Obradaro y la casa de la Inquisición, y consta es obra suya la capilla del Socorro, en San Martín. Hacia 1695 daba Domingo Maceyras los planos de la iglesia de Jesuítas de La Coruña. Más tarde, trabaja Sorrela, arquitecto originalísimo y genial, autor de la casa del Cabildo, en Santiago, terminada en 1758, que no pertenece á ninguno de los cinco órdenes; la capilla del Santo Cristo, en Conjo, y el lienzo nuevo del claustro de este convento. "Todo se removió en este tiempo en la antigua ciudad de Santiago; apenas hubo iglesia en que no se introdujesen reformas, se hiciese de nuevo su fábrica ó se modificase profundamente (1)".



Gran parte del caserío de Santiago es de este tiempo: la casa del Deán, la de Bendaña, la del Cabildo, cuyos planos dió Casas; la de Fondevila, la de Bazán y muchas más.

Mediado el siglo, pasa en Compostela el gusto por el barroquismo; se encarga á D. Ventura Rodríguez la fachada de la Azabachería de la catedral, y su discípulo Loys Monteagudo la dirige.

Conocido el arte barroco del monumental Santiago, escuela inagotable de arquitectura, no lo son tanto los innumerables monumentos del mismo estilo esparcidos por toda la región. Son principalmente los monasterios benedictinos y cistercienses, fundados en los siglos XII y XIII y renovados con grandiosa fastuosidad en el XVIII. Son Celanova (Orense), con su bellissimo claustro; Lorenzana (Lugo), Monfero (La Coruña), aún bastante académico, con un orden gigante en la fachada; Sobrado (La Coruña), ruina imponente; San Juan de Poyo (Pontevedra), Ribas de Sil (Orense), Osera (Orense), llamado el Escorial de Galicia, con una fachada de sillares almohadillados en toda su altura; Samos (Lugo). Para terminar citemos, entre innumerables obras barrocas, la fachada de la catedral de Mondoñedo (Lugo); el claustro de la de Lugo, que parece terminado en 1714; el Santuario de la Esclavitud, de Padrón (Pontevedra); la iglesia de San Bartolomé el Nuevo, de Pontevedra, de jesuítas, obra de un Isidro Pérez; la iglesia de Santa María

(1) Manuel Murgía, *El arte en Santiago durante el siglo XVIII*. Madrid, 1884.

la Real, de Entrimo (Orense), de principios del siglo XVIII; el Ayuntamiento de Lugo, y la Peregrina, de Pontevedra (1778-1782), obra de Antonio de Souto.

Características del barroco gallego son las elevadas torres de iglesias y monasterios, con un cuerpo inferior muy alto y poco decorado, sobre el que se levantan otros dos ó tres chatos, decrecientes, con magníficas balaustradas de piedra sobre cornisas muy voladas. Es curioso notar como estas torres se parecen á otras contemporáneas de la Bretaña francesa, construidas igualmente en granito. Sobre el crucero es corriente también la linterna octogonal y en las fachadas raras veces faltan los órdenes clásicos, que vienen á sér el centro de la composición. En cambio, de los claustros están desterradas las columnas, los contrafuertes muy salientes acusan los tramos y la decoración de los arcos sobre pilastras contrasta muy felizmente con la sombra del fondo de las arcadas. Abundan los pináculos y las balaustradas. En general, es un arte de perfiles muy acentuados, de formas excesivamente acusadas y, por tanto, de grandes contrastes de luz y sombra. En algunas obras—tal las fachadas de Osera y Sobrado—, todos los sillares están resaltados y tienen á modo de un casetón excavado que produce un efecto bizarro y feo. Tan sólo la pasión del cantero gallego por su oficio, llevándole á no dejar piedra sin labrar, es capaz de concebir semejantes obras. Pero en oposición á ellas hay que presentar la monumentalidad de un Domingo de Andrade, la imaginación de Casas y Novoa y el genio original de Sorela. Que Galicia, tierra de grandes canteros, lo ha sido también de buenos arquitectos, gentes demasiado espontáneas, que han necesitado una fuerte disciplina para lograrse.



Fachada de San Francisco, en Santiago de Compostela.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS,
Arquitecto.